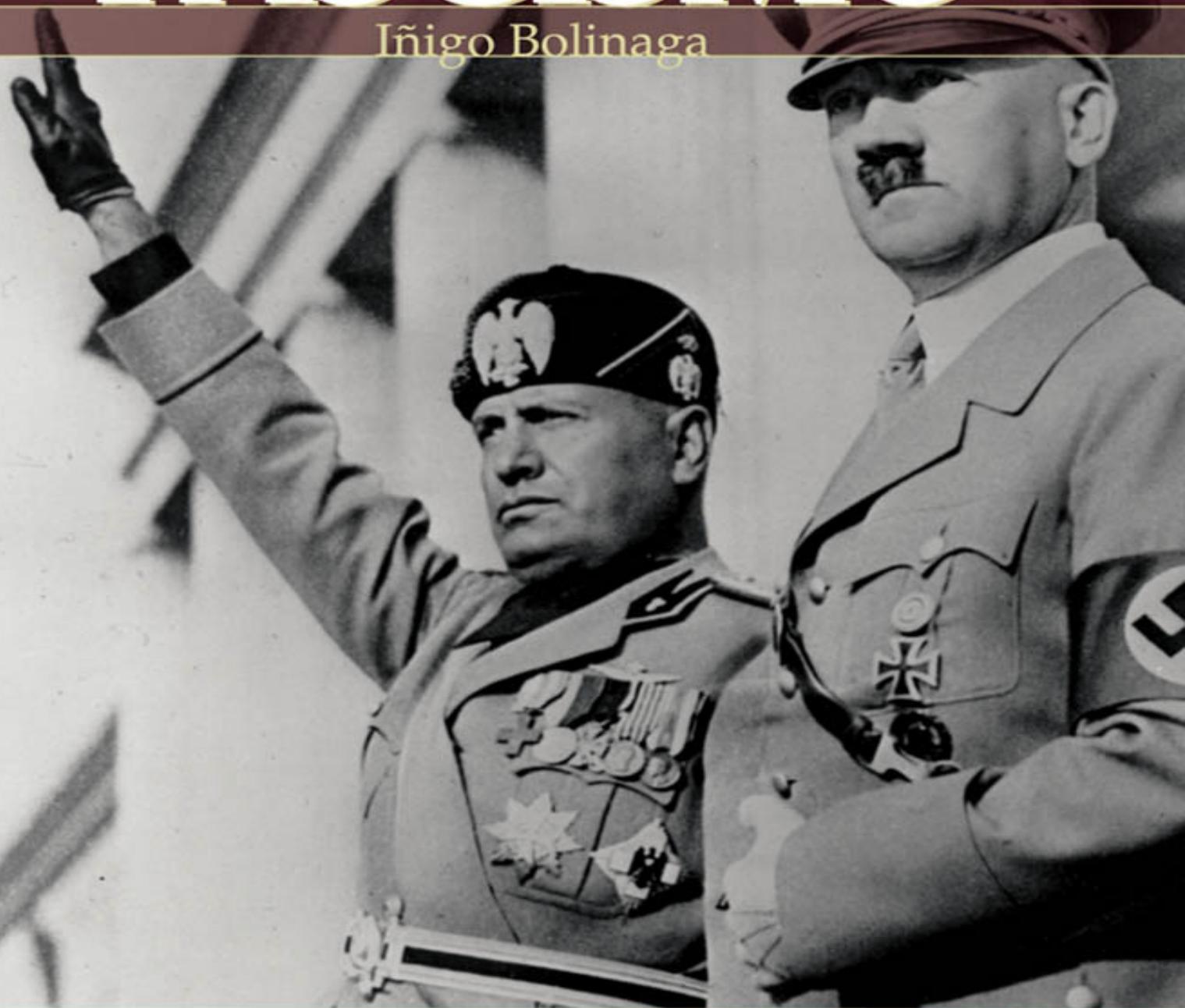


BREVE HISTORIA del...

FASCISMO

Iñigo Bolinaga



Descubra toda la historia de este movimiento totalitario que se originó en la Europa de entreguerras, se propagó por Italia y Alemania y provocó la Segunda Guerra Mundial. Desde sus orígenes de izquierdas hasta su inquietante reaparición en los últimos años.

BREVE HISTORIA DEL FASCISMO

Iñigo Bolinaga



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia del Fascismo
Autor: © Iñigo Bolinaga Irasuegui

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Murray
Diseño del interior de la colección: JLTV
Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-453-3

Libro electrónico: primera edición

A aita y ama

ÍNDICE

CAPÍTULO 1: AQUEL ROJO DESPERTAR.

El hijo del herrero
Mussolini el socialista
Próxima estación: fascismo
Don Quijote desembarca en Fiume
La ecuación fascista
El pariente alemán

CAPÍTULO 2: EL FASCISMO TRIUNFANTE

Órdago a mayor
En Roma brilla el sol
El golpe
La vía legal
Los émulos

CAPÍTULO 3: EFICACIA GERMÁNICA

El suicidio de la democracia
La gran purga
Arios y judíos
La expansión tolerada

CAPÍTULO 4: LA GUERRA

La caja de Pandora
Como fichas de dominó

Expansión balcánica
El nuevo orden europeo
Holocausto
La parábola del cocodrilo
El último acto del fascismo italiano
Canción de otoño: la conquista de Europa

CAPÍTULO 5: EL FASCISMO LATENTE

Proscripción
De la posguerra a los años de plomo
El fascismo toca a la puerta

CAPÍTULO 6: EL FASCISMO DISECCIONADO

Herramientas de cirujano
La esencia
Los suplementos
Fascismo y no fascismo

BIBLIOGRAFÍA

1

Aquel rojo despertar

Soy fascista porque soy italiano

Luigi Pirandello

Premio Nobel de Literatura

EL HIJO DEL HERRERO

Aún era un niño, pero ya apuntaba maneras. Mussolini fue expulsado temporalmente del colegio por conducta turbulenta e irrespetuosa hacia sus profesores y compañeros; un hecho que, siendo hijo de quien era, a pocos podría sorprender. No en vano se dice que de casta le viene al galgo. Su padre, Alessandro Mussolini, era un descomedido herrero de la región de la Romagna conocido por su desparpajo, sus simpatías socialistas y su afición por las mujeres. La conducta social del vástago podía disgustarlo un poco, pero en el fondo se enorgullecía de aquel maleante infantil que, con sus fechorías, garantizaba que los Mussolini estaban hechos de una pasta diferente y de que, al menos durante una generación más, seguirían siendo los gallos del corral.

Como no podía ser de otro modo, el inefable Alessandro escogió para su hijo los nombres de Benito Amílcar Andrea, en homenaje al líder mexicano Benito Juárez y los revolucionarios italianos Amílcar Cipriano y Andrea Costa. El joven Mussolini se educó en una familia de clase media

dominada por el fuerte carácter paterno, de quien aprendió aquello de que es preferible pisar que ser pisado, una máxima que no dudó en poner en práctica desde que tuvo uso de razón. Aunque tomó el camino profesional de su madre estudiando la carrera de magisterio, la impronta paterna resultó definitiva a la hora de tallar la personalidad del joven Mussolini, que se revelaría jovial, irreverente, y un poquito desvergonzado. Del mismo modo, la glorificación de la bravura y el valor, adosados a un profundo darwinismo personal y social —*solamente los fuertes sobreviven*—, se convertiría en una constante heredada de su padre que le acompañaría hasta la muerte y que definiría, en buena medida, la lógica de pensamiento que desembocaría en el primer fascismo.

A pesar de su indisciplina, Benito Mussolini se reveló como un estudiante capaz, de manera que con diecinueve años y un título de magisterio en el bolsillo, comenzó a trabajar en un colegio de educación primaria hasta el año 1902, fecha en la que se trasladó a Suiza por motivos políticos. Militante del Partido Socialista desde 1900 y contrario al servicio militar obligatorio, el joven maestro puso rumbo al norte con la esperanza de escurrirse del llamamiento a filas. Allí entró en contacto con un importante número de refugiados políticos de tendencia socialista, muchos de ellos miembros del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso de Lenin, que en 1903 se escindiría en las facciones bolchevique y menchevique y que Mussolini, desde su exilio suizo, iba a conocer de primera mano. Suiza supuso un fenomenal adiestramiento revolucionario, tanto desde el campo teórico a base de variopintas lecturas y apasionadas conversaciones políticas, como desde el práctico, ya que significó la primera puesta en escena de aquel prometedor joven zuelo predicando la insurrección obrera y realizando labores de agitación política. Una febril actividad que le encaminó hacia sus primeras proyecciones.

Aprovechando la amnistía decretada en 1904, Benito Mussolini regresó a Italia cargado de experiencia y doctrina revolucionaria, un bagaje, que combinado con su exaltada oratoria y sus aspiraciones políticas, lo llevó a involucrarse con mucho éxito en las actividades del Partido Socialista; tanto, que comienza a destacar como uno de los militantes más conocidos de la Romagna. Mientras tanto, cumple con los dos años de servicio militar y vuelve a ejercer como maestro, una actividad que le reportará menos satisfacciones que el activismo político y que, finalmente, abandonaría por el periodismo. En 1908 trabaja en una publicación izquierdista de Trento, ciudad austrohúngara de lengua y cultura italianas, que el nacionalismo transpirenaico reivindicaba, junto a otros territorios, como parte irredenta de la nación italiana. El hijo de Alessandro no tardó en ser expulsado de Austria-Hungría por sus actividades marcadamente revolucionarias y sus inflamados artículos en favor de la incorporación del Trentino.

El Mussolini de esta época aún se considera un socialista ortodoxo, pero ya por entonces comienza a destacarse en su pensamiento una dicotomía nacional y social que lo arrastrará a posturas muy cercanas a las propugnadas por el sindicalismo revolucionario; se define internacionalista, pero sueña con una Italia grande y solidaria. Proclama con vehemencia su oposición a la guerra de Libia (1911), tanto que, arrojado por sus compañeros de partido, organiza una batalla campal en la ciudad de Forlì donde arrancan los adoquines del suelo para hacer barricadas... y sin embargo sus razones no coinciden exactamente con las argumentadas por el PSI. Denuncia la humillación nacional, pero no la guerra imperialista. Y comienza a atisbar la idea que va a definir el futuro de su actividad política: la guerra es el único elemento aglutinador que puede lograr unir a los italianos en una empresa común.

MUSSOLINI EL SOCIALISTA

La guerra es el punto de divergencia que acelerará el proceso de ruptura de Mussolini con el Partido Socialista Italiano de forma drástica y definitiva. Veamos el proceso: tanto en su disconformidad a la guerra libia como en cualquier otra toma de posición, del tipo que sea, Mussolini destaca como un hombre muy vehemente. Imprime una fuerte dosis de pasión en todo lo que lleva a cabo, a veces rozando lo histriónico, y eso gusta mucho dentro del partido. Los dirigentes creen haber descubierto en él a un auténtico diamante en bruto, un hombre carismático, directo, brutal incluso, pero sobre todo cercano; un militante entregado, capaz de conectar con el pueblo de una manera efectiva y natural. Debido a su experiencia periodística, en diciembre de 1912, es reclamado por el diario socialista *Avanti*, de Milán, para encargarse de su dirección; un hecho que supuso un importante salto de calidad, ya que se trata del rotativo más influyente del socialismo italiano, enclavado en una de las zonas más poderosamente obreras de toda Italia, bastión socialista casi por definición y, probablemente, la región más importante del partido a nivel nacional. Aupado sobre semejante tribuna, Mussolini tiene ahora la gran oportunidad de airear masivamente sus siempre exaltados puntos de vista, y vaya que si la aprovecha. La influencia del joven socialista gana puntos, tanto en las bases como en la dirección del partido, a la que ha accedido en julio de aquel año como miembro del Comité Ejecutivo, de manera que se convierte en el líder *de facto* de la corriente más radical del Partido Socialista. La tribuna del rotativo socialista más importante de Italia se pone, pues, al servicio de un socialismo revolucionario auspiciado por Mussolini que penetra en las poderosas capas obreras de la Lombardía tintando de rojo pasión sus metas y reivindicaciones. De hecho, habitualmente se ha considerado que a partir

de 1912 el sector mussoliniano se impuso sobre el reformista, un hecho que el mismo Lenin constató en sus apreciaciones sobre el progreso de la revolución mundial y que saludó con entusiasmo. No en vano Lenin estaba convencido de que la revolución solamente llegaría a buen término si la llevaba a cabo un pequeño grupo de revolucionarios profesionales, una teoría ciertamente elitista que Mussolini compartía y que Lenin impuso, no sin problemas, dentro del bolchevismo. En este sentido, ninguno de los dos confiaba en las masas, a las que consideraban muy maleables y tan fáciles de dirigir hacia la revolución como hacia la reacción. Además, Mussolini, como Lenin, manifestaba un ardiente deseo de confrontación violenta contra el sistema burgués, en clara contraposición a un socialismo reformista que despreciaba; algo que Lenin no podía sino aplaudir ya que era, precisamente, lo que estaba haciendo dentro de su partido, aislando a la facción menchevique para marcar con sus agresivas teorías de lucha al otro sector.



Mussolini nunca fue un político al uso. Sus formas y hábitos campechanos hicieron de él un líder que supo atraerse las simpatías de un importante sector del pueblo italiano.

A partir de 1914 comienza la Primera Guerra Mundial e Italia se mantiene neutral, algo que el Partido Socialista aplaude, pero que Mussolini y un sector afín a las corrientes del sindicalismo revolucionario no pueden más que acatar con un mohín de disgusto. A pesar de estas divergencias con la cabeza del partido, *Avanti* acató la línea política, comenzando así una campaña de denuncia de la guerra imperialista, tal y como se había acordado en las reuniones de la Segunda Internacional, donde los partidos obreros de todo el mundo adoptaron la consigna de que *aquí no hay franceses ni alemanes, sino obreros explotados. No vayas a la guerra. Paz entre pueblos y guerra entre clases.* Al contrario de lo previsto, tan solo las secciones rusa e italiana cumplieron el acuerdo, de manera que, una vez iniciada la guerra, los partidos socialistas de las potencias contendientes se avinieron a apoyar el esfuerzo militar de sus respectivos países; un hecho que, desde las posiciones más izquierdistas del socialismo internacional, fue tachado de traición y que, años más tarde, incitó a Lenin a organizar la Tercera Internacional. Para repugnancia de Mussolini, su posición al frente de uno de los medios de masas más influyentes del socialismo italiano le obligaba a defender una postura con la que no estaba de acuerdo, a pesar de lo cual, no dejaba de mirar de reojo las manifestaciones intervencionistas que determinados grupos de la derecha y el nacionalismo italiano reclamaban, casi a diario, en las calles y en sus medios de comunicación. Pero el director de *Avanti* no se distinguía precisamente por su mansedumbre, por lo que no tardan en aparecer editoriales que rompen con la unidad del partido, criticando la inhibición ante la guerra. Se abrió, de este modo, un agrio debate entre Mussolini y la dirección que desembocó en un enfrentamiento abierto que el PSI no podía admitir durante mucho tiempo, por la imagen de división interna que entrañaba el hecho de que el director de *Avanti* se exhibiera públicamente al lado de los intervencionistas en las

manifestaciones callejeras. Ahora Mussolini dirige su artillería contra el partido. La situación se vuelve tan enojosa que en octubre de 1914 Mussolini dimite de su cargo, ante lo cual el PSI decide anular su militancia. *El Partido Socialista te expulsa, Italia te acoge*, telegrafió Giuseppe Prezzolini al animoso apóstata socialista. Alentado por la solidaridad mostrada por un buen número de intelectuales italianos y el apoyo casi incondicional de los partidarios de la guerra, Mussolini fundó un nuevo periódico, *Il Poppolo d'Italia*, del cual también ejerció como director y que se convertirá en el máximo órgano de expresión de los intervencionistas de izquierda. De la mano de líderes nacionalistas como el poeta Gabriele d'Annunzio, Mussolini se entregó a una orgía de manifestaciones, discursos y mítines para obligar al ejecutivo a tomar parte en la conflagración mundial bajo el manto de la entente hasta que, finalmente, presionado por la ruidosa campaña, el gobierno italiano firmó un pacto secreto en Londres por el que se comprometía a declarar la guerra a las potencias centrales a cambio de una serie de compensaciones territoriales que incluirían las zonas irredentas del norte, algunos puntos en Asia Menor y África, y el reconocimiento de la esfera de influencia italiana en Albania. Corría el año 1915 e Italia, con gran regocijo de los nacionalistas, se disponía a intervenir en una guerra para la que no estaba ni militar ni emocionalmente preparada.

PRÓXIMA ESTACIÓN: FASCISMO

Mussolini fue movilizado para la guerra mundial, llamada a la que acudió sin rechistar y mostrándose como un soldado disciplinado. Ya desde entonces había tomado contacto con el sindicalismo revolucionario, un movimiento izquierdista radical que soñaba con instaurar la dictadura

del proletariado, basándose en la organización sindical de la sociedad. En 1907 habían roto con el Partido Socialista por considerarlo templado, y cinco años más tarde asomaron de nuevo la cabeza para organizar la Unión Sindical Italiana (USI), una especie de coordinadora destinada a difundir el sindicalismo revolucionario en las masas y convertirse, sobre el papel, en el germen de un futuro gobierno proletario que eliminaría los partidos políticos, incluido el socialista. En la práctica, la USI no llegó a obtener una influencia verdaderamente destacada en la sociedad italiana, de manera que no resultaría procedente hacer mención de ella, de no ser por la división que se produjo en su seno a raíz de la entrada de Italia en la guerra. La cuestión militar fue debatida internamente y ante el fracaso de las posturas intervencionistas, el sector nacionalista más intransigente abandonó la organización, condenando a la USI a convertirse en una mera curiosidad política. Los escindidos continuaron predicando sin profeta hasta que a la vuelta del servicio de armas, prematura debido a que en el año 1917 fue gravemente herido de mortero en unas prácticas de retaguardia, Mussolini se convierte en su principal propagandista y su líder de facto, e *Il Poppolo d'Italia* en su órgano de expresión. La publicación se convirtió así en el portavoz de una heterogénea serie de expulsados y escindidos políticos minoritarios a quienes les unía una común sensibilidad hacia el nacionalismo exaltado y la revolución social, tales como los propios escindidos de la USI, reunidos ahora en la Unión Italiana del Trabajo (UIL, debido a sus siglas en italiano, Unione Italiana del Lavoro) o los antiguos miembros del Partido Socialista que abandonaron su militancia para seguir a Mussolini, entre otros. Comenzaba a dibujarse una facción política nueva que realizó una serie de ensayos organizativos sin resultado hasta que el 23 de marzo de 1919 parió a los Fascios Italianos de Combate. La peculiar denominación —*fascios*— su pone un guiño a las uniones de obreros y campesinos

que desde el siglo XIX se habían organizado en agrupaciones homónimas para reivindicar demandas sociales de muy distinta condición. Un nombre, por otra parte, que recuerda, y ese es precisamente su origen, a los líctores romanos.

El programa inaugural de los Fascios Italianos de Combate aúna un rabioso nacionalismo con demandas de corte social, tales como el salario mínimo, la jornada laboral de ocho horas, el voto femenino, la participación de los trabajadores en la gestión de la industria, el retiro a los cincuenta y cinco años, la nacionalización de las fábricas de armas y municiones, confiscación de los bienes de las congregaciones religiosas y abolición de las rentas episcopales. Un programa ciertamente audaz para la época que, sin embargo, fue eclipsado por su sorprendente alegato en favor de la violencia regeneradora y los elocuentes histerismos nacionalistas que el fin de la Primera Guerra Mundial y sus resultados provocaron en los representantes de esta corriente política. Mussolini quería algo completamente nuevo, un antipartido; y creía haberlo logrado en los Fascios. Anunció que lo que a partir de entonces se ponía en marcha era una organización con aspiración de masas, que debía mostrarse fuerte y directa, que hablaría con los puños y las palabras. Los Fascios no se amilantarían a la hora de plantar cara al oponente, haciendo uso decidido de una violencia política que exteriorizaban en la estética, la escenografía, los lemas y los discursos, y de la que decían sentirse profundamente orgullosos. Querían romper con todo lo establecido; con el parlamentarismo burgués y con el marxismo disgregador; con el pacifismo, con los buenos deseos y con la hipocresía de la buena educación. Glorificaban la guerra como redentora: que el mundo ardiera por los cuatro costados para que después, sobre sus cenizas, surgiera una nueva era en la que la grandeza nacional, la justicia social y la falta de escrúpulos se convirtieran en el único norte. Semejante exposición de

intenciones recibió un importante número de adhesiones de las cabezas pensantes más populares de Italia, como el escritor Giovanni Papini, el Premio Nobel Luigi Pirandello, el polifacético intelectual Curzio Malaparte, el escritor Giuseppe Prezzolini, el futurista Filippo Marinetti o el esperpéntico poeta y aviador Gabriele d'Annunzio, de quien tendremos oportunidad de hablar con cierto detenimiento en un apartado posterior.

La nueva formación política, aupada por la elocuencia de Mussolini y arropada por el apoyo de un importante número de intelectuales, se lanzó con el afán del principiante a la arena política con una campaña feroz contra el gobierno por haber consentido que Italia saliera de la guerra con menor rédito que el prometido. Si bien Italia engrandeció sus fronteras con la anexión del Trentino y el Alto Adagio, — incorporando de paso una franja de habla germánica al norte, en Bolzano y sus alrededores—, sus aspiraciones turcas, albanesas y africanas no entraron en el paquete, y tampoco Fiume, una ciudad irredenta separada de Italia por el mar adriático y rodeada por territorio de un estado de nuevo cuño: Yugoslavia. Los nacionalistas de todo pelaje, incluidos por supuesto los Fascios de Combate, que de alguna forma se tenían que estrenar, pusieron el grito en el cielo por aquello que denominaron *victoria mutilada* y que no dudaron en calificar como una burla hacia Italia por parte de las demás potencias vencedoras. Al mismo tiempo el Partido Socialista, recientemente adherido a la Tercera Internacional (1919) y con la consigna de forzar una revolución en Italia, aumentó formidablemente su presencia debido al desbordamiento del descontento popular campesino y obrero, principal damnificado de las fatales consecuencias que el esfuerzo de la guerra había provocado y que ahora había que pagar. Las clases dirigentes se quedaban horrorizadas cada vez que arreciaba una de tantas oleadas huelguísticas que ya se iban haciendo cotidianas y que arrastraban a la nación a una conflictividad

general que no podían permitir. Ante semejante situación, la burguesía no tuvo más remedio que echarse a los brazos del único movimiento que les aseguraba el enfrentamiento abierto contra el comunismo y que podía encargarse de lo que la policía, legalmente, no podía hacer. Frente a la *amenazaroja* no cabían medias tintas, de ma nera que las autoridades miraban a otro lado para hacer como que no se apercibían de los excesos de los fascistas cuando estos empezaron a amenazar, asaltar o incluso asesinar a militantes socialistas. De este modo, Italia se convirtió en un auténtico campo de batalla que degeneró en dos consecuencias trascendentales: en primer lugar, la burguesía liberal se asustó de tal ma nera que comenzó a apoyar económicamente al Fascio, lo que repercutió en un importante crecimiento del movimiento, tanto a nivel de militancia y presencia en las calles como de medios y facilidades que se pusieron a su al cance. En segundo lugar, a medida que el fascis mo se expandía por la península, fue nutriéndose de militantes que, si bien coincidían con la extracción social mediabaja que buscaba, se encontraban muy lejos de las posiciones izquierdistas del primer fascismo. La guerra contra el socialismo atrajo a las filas de Mussolini a un gran número de derechistas que compartían el nacionalismo y el antimarxismo, pero nada más. Seducidos por el elogio de la violencia de que hacían gala los fascistas y la impunidad con la que actuaban, su base social se transformó en el antónimo de todo lo que sonara a izquierda. Esto provocó una moderación en el discurso de sus líderes en el sentido de un cierto distanciamiento del radicalismo de izquierdas original, y desembocó en la deserción de buen número de fascistas de primera hora, que se sentían traicionados por la cúpula. Marinetti fue una de las más destacadas defecciones. De esta manera, según iba creciendo el número de afiliados y escuadristas, más giraba hacia la derecha el discurso de Mussolini y mayor rédito electoral obtenía , siendo las elecciones de 1919 un

completo batacazo y las de 1921 un éxito sin precedentes que llevará a una treintena de diputados fascistas a ocupar sendos escaños en el parlamento. Para entonces, Mussolini ya había reorganizado el movimiento en un partido coherente, con estructuras fijas y secciones sindicales (Unión Obrera del Trabajo, ya existente antes del propio partido), estudiantiles, femeninas y de escuadristas. Los escuadristas del Partido Nacional Fascista (PNF) eran grupos locales dirigidos por un *ras* o cabeza dirigente que se encargaban de cometer las vilezas por las que tan famoso se haría el Partido, unos hechos execrables que Mussolini alentaba en sus renovados discursos girados a la derecha que quiso justificar amparado en un supuesto voluntarismo y en la idea de la doctrina en constante evolución. De esta manera, podían actuar como si fueran de izquierdas o de derechas, no importaba, porque su objetivo era la nación, habían creado un partido patriótico por encima de todo, y había que eliminar a quienes se mostraran tibios o internacionalistas.



Vladimir Illich Ulianov (Lenin)
líder de los bolcheviques rusos y
máximo mandatario soviético
hasta su muerte en 1924, saludó
con entusiasmo el triunfo de la
tendencia acaudillada por
Mussolini dentro del Partido
Socialista de Italia sobre el sector
reformista.

DON QUIJOTE DESEMBARCA EN FIUME

El Partido Nacional Fascista se basó en los ritos, ceremoniales y simbología que Gabriele d'Annunzio instaló en el Estado Libre de Fiume durante los dieciséis meses que duró su atípica experiencia gubernamental. Es un hecho comúnmente aceptado que fue precursora de lo que poco después iba a ser la dictadura de Mussolini, no solamente

en cuanto a estética, sino también en lo que se refiere a ideario y actitudes.

Fiume es la denominación italiana de una ciudad situada en la costa dálmata hoy conocida como Rijeka. Si bien, actualmente, la población de origen croata es netamente mayoritaria —casi podríamos decir que única—, históricamente había estado poblada por una mayoría italiana cuyo origen se remonta a la medievalidad mercantil de las ciudades estado. Durante los años de entreguerras, Fiume se convirtió en la manzana de la discordia que agrió las relaciones entre Italia, Yugoslavia y las potencias de la entente. Como sabemos, el nacionalismo italiano se sintió afrentado con los acuerdos de Versalles, que sancionaban un *status quo* que reducía a Italia a una potencia de segunda fila, a pesar de haber sido uno de los vencedores. El no reconocimiento de la esfera de influencia mediterránea que los italianos creían legítimamente suya, arrastró a los sectores más rabiosamente nacionalistas a una campaña de descrédito del gobierno a base de protestas y algaradas callejeras que en seguida olvidaron las reivindicaciones albanesas o africanas para centrarse en la ciudad de Fiume. Consideraban una afrenta la desocupación de Albania, pero lo de Fiume era completamente inaceptable, ya que se trataba de un territorio poblado por italianos, y por tanto italiano, que corría el riesgo de pasar a manos yugoslavas mientras las potencias vencedoras decidían qué hacer con la pequeña ciudad. La impotencia del gobierno italiano y aquella terrible lentitud de los aliados en dar una salida al asunto, difundieron por toda la península la sospecha de que Fiume terminaría siendo cedida al recién creado reino de Yugoslavia. Hasta que no existiera una resolución que diera fin a la disputa, el pequeño enclave costero seguiría inmerso en una especie de limbo jurisdiccional y ocupado por las tropas de la entente, una carga que los ciudadanos soportaban con sus buenas dosis de estoicismo. La espera

se hizo terrible, llegando a exasperar los ánimos de fiumianos e italianos. Espontáneamente surgieron los clásicos conatos de violencia que presagian problemas. Del mismo modo, un importante número de mandos pertenecientes a las tropas de ocupación italianas — también las había francesas, británicas y americanas— planearon varias intentonas golpistas con el ánimo de forzar la incorporación de Fiume a Italia. Según pasaban los meses, la situación se enconó hasta hacerse como prometida, amenazando con convertirse en un conflicto que, por sus ramificaciones yugoslavas, podría generar una conflagración de relieve en el mediterráneo central. Pero hete aquí el enviado de las musas para resolver el problema a favor de los intereses de Italia. ¿Era un abogado, un juez, un político de alto rango, algún militar? No, no, no. Nada de eso. Era un poeta. Era Gabriele d'Annunzio. El hombre que durante la Primera Guerra Mundial tuvo el valor o la inconsciencia de volar hasta la capital enemiga para arrasarla con panfletos y no con bombas, el hombre que rechazó una carta dirigida al mejor poeta de Italia porque él era el mejor del mundo, el que declaró a la música como el principio inspirador del estado, el que permitiría que uno de sus lugartenientes fiumianos lanzara un orinal al edificio del Parlamento montado en un avión. Aquel era quien se perfilaba como el redentor de Fiume y, por extensión, de Italia entera.

Además de por su talento literario, Gabriele d'Annunzio se había destacado por sus efectistas arengas nacionalistas de modulación épica y estética lírica que enardecían y por qué no, también debían de divertir mucho a su auditorio. Tras la *Victoria Mutilada* protagonizó una gran campaña a favor de la incorporación de Fiume pa trocinado por los sectores nacionalistas de todas las tendencias, desde la derecha irredentista hasta el sindicalismo revolucionario. D'Annunzio garantizaba al nacionalismo prestigio y público, por lo que le fue muy fácil obtener el apoyo necesario para